

LUCHA INDÍGENA Y VIOLENCIA

(La exposición temporal “Endulzar la palabra” está hecha por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, aunque no se diga explícitamente, pero todo el Programa Étnico del Centro de Memoria Histórica está financiado por la USAID y la USAID depende del Departamento de Estado. Inclusive, la USAID acepta que su trabajo está orientado a apoyar la política exterior de los Estados Unidos que, como se sabe, incluye las invasiones a Irak, a Libia, a Siria, a Afganistán, etcétera. Es más, reconoce que en países como Bolivia, Argentina (en la época de Cristina Kirchner como presidenta) y Venezuela apoya las actividades de grupos de oposición al gobierno. Quiero deslindar tajantemente esta charla de esa exposición, no es un apoyo a la misma, ni un complemento, ni nada que se le parezca).

Charla realizada el 10 de febrero de 2018 en el Museo Nacional de Colombia. (Grabación y transcripción de Derly Solange Camilo y Jazmín Rocío Pabón).

Mi intervención está sustentada sobre un conjunto de imágenes, que en gran mayoría hacen parte de los llamados Mapas Parlantes (en mi página www.luguiva.net hay varios artículos y una cartilla en donde es posible conocer más sobre esta herramienta de trabajo con el movimiento indígena del Cauca y del papel que tuvo en su transcurso). Los mapas son instrumentos de trabajo, de concientización y de movilización para la lucha de las propias comunidades.

Se trata de 7 grandes murales que se construyeron conjuntamente con los indígenas Paéces del Cauca, hoy denominados nasa. Inicialmente constaban

de dibujos en un solo color, oscuro sobre blanco, y, luego, se fueron coloreando.

También incluyo, con fines de comparación, algunas imágenes elaboradas en Perú y México durante el siglo XVI; unas de ellas son del mexicano Diego Muñoz Camargo, de quien se dice que era mestizo, hijo de un español y de una princesa tlaxcalteca; otras son de un inca que se crió con españoles, llamado Guamán Puma de Ayala, Otras pocas, más recientes, fueron hechas por Víctor Daniel Bonilla con los jóvenes *kunsu-bunarivas* arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta, en 2007, y pertenecen a la cartilla “Memorias de la resistencia indígena arhuaca”, sin publicar. Las imágenes de los mapas parlantes que voy a mostrar corresponden al periodo inicial, cuando estos todavía no estaban coloreados, como sí lo está el que se ve aquí (“Bajo la dominación extranjera”), en el trabajo con la gente:



Como se observa en esta primera imagen, los nasa siempre se arrimaban a mirar el mapa de abajo para arriba, para luego seguir observándolo en todas

direcciones. (Cuando los trabajaba con estudiantes de antropología, estos comenzaban por hacerse lejos, atrás, al otro lado del salón, como si los mapas los rechazaran).

En el acompañamiento de las luchas indígenas siempre nos llamó la atención la permanente referencia que ellos hacían a la historia. Esta palabra aparecía una y otra vez en sus conversaciones y exposiciones. De ahí que decidiéramos dedicar una parte substancial de nuestras actividades a este tema. Como uno de los resultados de este recalar sobre la historia surgieron los Mapas Parlantes.

Uno de ellos, entre los murales más grandes, lleva por título “Así era nuestra tierra” y recoge la vida aborígen en el suroccidente de lo que llegaría a ser Colombia en el momento de la llegada de los conquistadores españoles. En su parte inferior, los aborígenes contemplan el largo desfile de los invasores y de los aborígenes que habían capturado en el sur y traían a su servicio, como cargadores, más que todo.



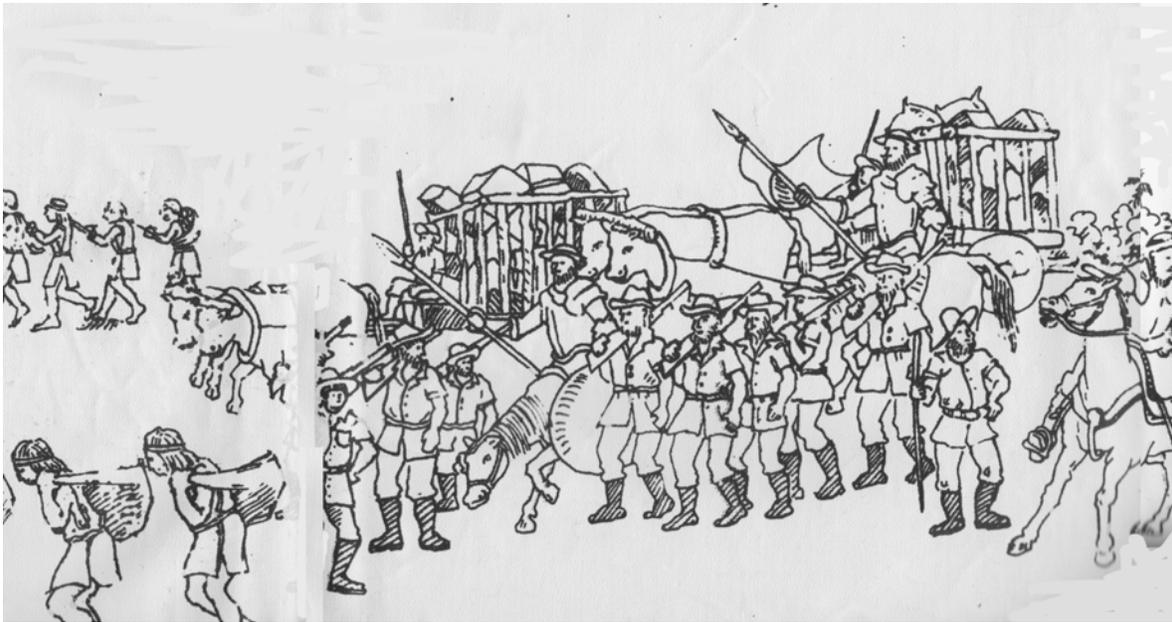
La primera escena de ese mapa, la llegada de los españoles, se encuentra en el borde inferior, que es el sur, de donde efectivamente venían. Como la dimensión de esta escena es muy ancha, vamos a verla parte por parte, como si estuviera pasando ante nuestros ojos de izquierda a derecha.



Los aborígenes que se asomaban tras los árboles vieron a la cabeza de los invasores algo que iría a marcar toda la historia de la conquista y siglos posteriores, y que es una de las bases de la exposición que voy a hacer: la llegada de los conquistadores está encabezada por la violencia armada con la espada y por la violencia armada con la cruz, es decir, la violencia militar y la violencia religiosa.

Detrás vienen las tropas españolas, que no eran muchas, y los indígenas reclutados a la fuerza en Perú y en el Ecuador para emplearlos como cargadores de la comida, las armas y demás utensilios; eran los “indios de servicio”. Y otros indios, prisioneros, encadenados para que no escapen.

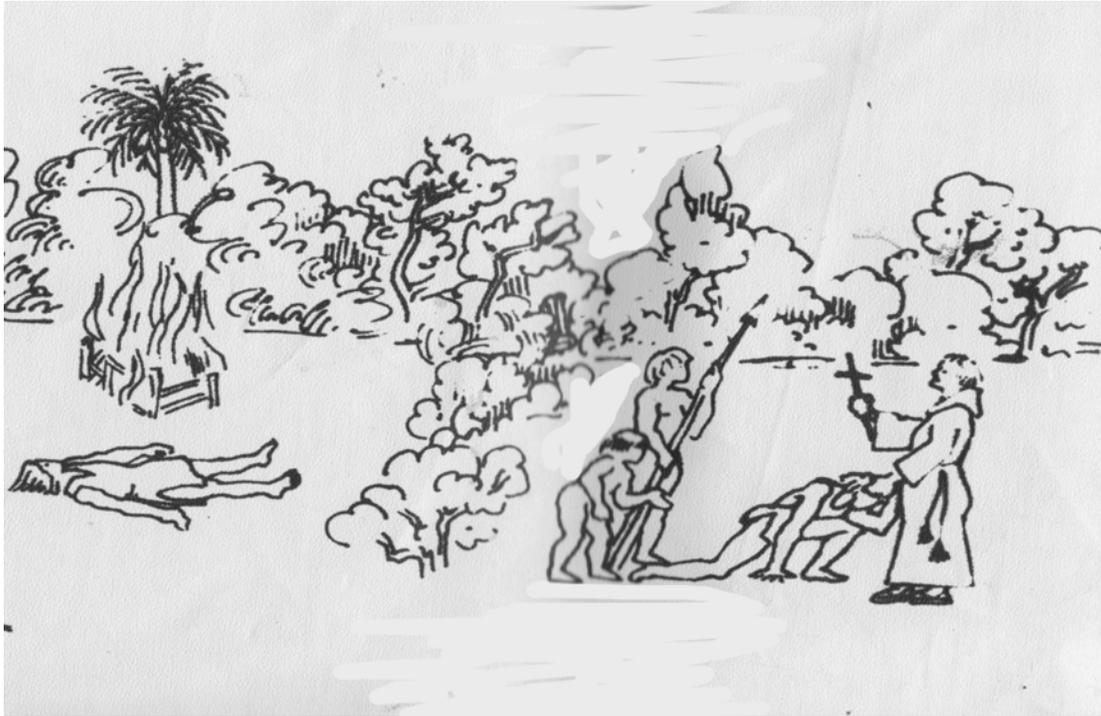
También llegan los caballos y los bueyes, animales que aquí no se conocían. Y los carros en que traen parte de la carga. Y más conquistadores de a pie y de a caballo, todos con armaduras, mosquetes y lanzas.



En seguida (abajo) se ve el resultado de la primera resistencia, esa que los aborígenes ofrecieron a los españoles en Perú y Ecuador. Uno de los cronistas de la conquista narra que el ejército llegó a lo que hoy es el Cauca dejando tras de sí “un rastro de pavesas y de sangre”. Los indígenas se enfrentan con armas de piedra, escudos y flechas a los españoles con sus largas lanzas, caballos y armaduras, mientras sus casas arden y los muertos van quedado tirados por el camino.



Para culminar la escena, más muertos y más incendios, y los misioneros que adoctrinan a los sobrevivientes, mientras imponen sobre ellos el arma de la cruz.



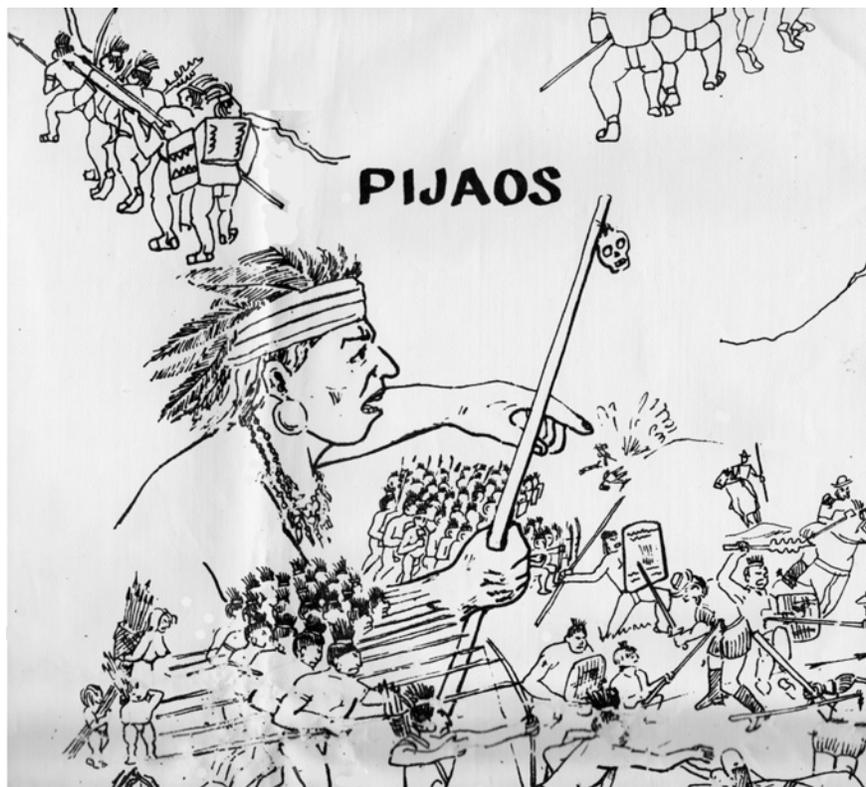
Los españoles no entraron a lo que hoy es el Cauca sin encontrar resistencia, sino que debieron enfrentar a verdaderos ejércitos, uno de los cronistas dice que hasta de 3.000 hombres, encabezados por sus caciques.

La cacica Gaitana, yanacona, que en la imagen inferior aparece en un detalle del mapa “Las guerras de liberación indígena, 1538-1623”, es una de las más recordadas por los luchadores del Cauca. También se distinguen: uno de los fuertes amurallados con los que los españoles trataron de protegerse, y el pueblo de Caloto 3 y 4, porque este poblado fue destruido cuatro veces y cuatro veces fue reedificado por los invasores en lugares que creían más resguardados. El Caloto de hoy es el quinto, pues los cuatro

anteriores fueron arrasados por los aborígenes, con sus arcos, flechas y boleadoras:



Este es el cacique Calarcá, otra cabeza de las luchas de liberación indígena en la región central del país:



Los ejércitos indígenas se movían en todas direcciones, enfrentando aun a los caballos de los españoles, a pesar de la leyenda que dice que les tenían terror; pronto aprendieron que había que tirarle al jinete y no al caballo y dejaron de tenerles miedo.



Estas guerras de liberación fueron tan efectivas que la región de Tierradentro, que es uno de los ejes territoriales de los paéces, nunca fue conquistada por los españoles; varias veces, las tropas de distintos capitanes invasores penetraron en ella y otras tantas debieron abandonarla sin haber podido vencer. No fue endulzando la palabra ni sucumbiendo a las dulces palabras de los misioneros, sino también con el empleo de la violencia y templando el ánimo y luchando con unidad y fuerza, que se consiguió este resultado. Aunque, finalmente, quienes abrieron la puerta a esa región fueron los misioneros, ya entrada la república.

El cronista Pedro Simón relata que la Gaitana, después de que capturaran al gobernador Pedro de Añazco y para vengarse porque este había hecho

quemar vivo a su hijo, le sacó los ojos con la punta de una flecha, luego le abrió un agujero bajo la lengua y la barba y por él pasó una cuerda para llevarlo tirando de él de pueblo en pueblo; cuando no pudo caminar más, fue descuartizado y desangrado, su piel fue rellena de ceniza y colgada la entrada de su casa, mientras su cráneo era usado para beber chicha.

Esta es una de las imágenes dibujada por Diego Muñoz Camargo, “La conquista de Culhuacán”, que deja ver el enfrentamiento entre españoles e indígenas, en el cual las armas de los mexica difieren un poco de aquellas que vimos más arriba, aunque en el fondo resultan ser semejantes: piedras, escudos, maderas con chuzos y porras, arcos y flechas.



Una vez terminada la conquista, se estableció en toda América un régimen de sometimiento y de terror que se basaba en los castigos físicos, como los

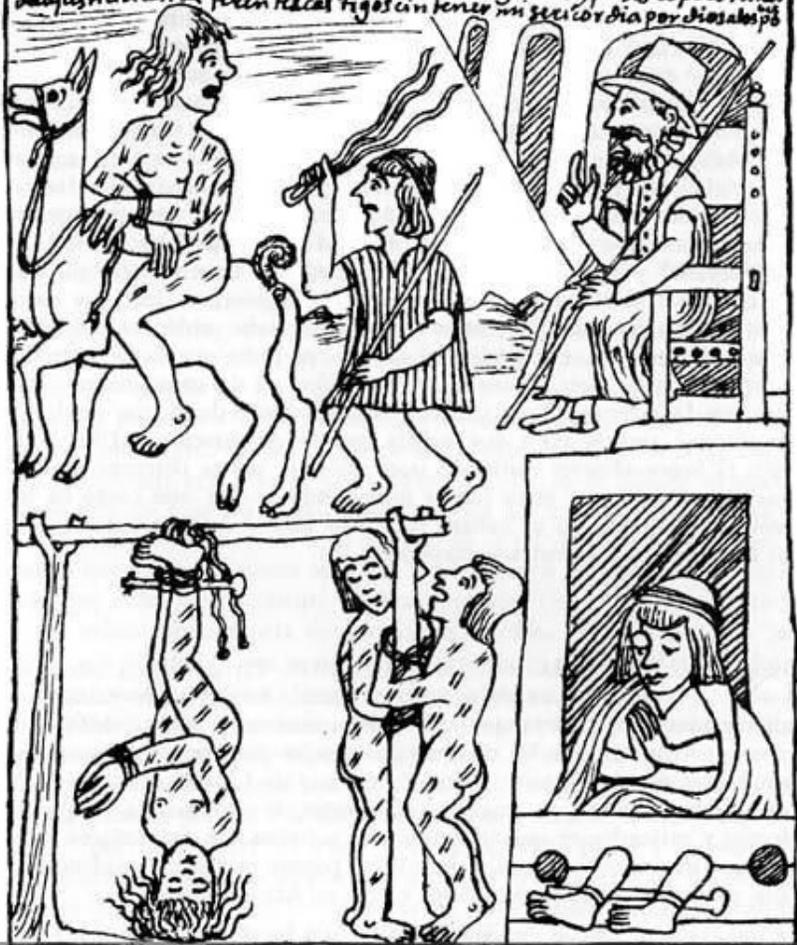
humillación que los despojaba de su reconocimiento social, quemaban sus mantas, otra humillación que afectaba directamente su posición social, que se expresaba en los dibujos de esos tejidos.



Las cosas no eran diferentes para los caciques en el Perú: paseados desnudos sobre una llama mientras se los azota, colgados y jueteados, reducidos al cepo (como se ve en la esquina inferior derecha), sin recibir alimentación durante días enteros., como lo muestra Guamán Puma de Ayala:

COREGIDOR DE MINAS COMO LO CASTIGAN

et mien te alas caçiquas puen cipales los coregidores y jueces cōpoco remor
de lojusticia con se fexen kēcas tigos cū tener mī seē cor dia por dias ab pō



en las minas memoria chilena

Hace unos años, la prensa escrita hizo gran escándalo para referirse a los castigos que aplicaban los indígenas y, entre ellos, mencionaban los azotes y el cepo, queriendo mostrar su salvajismo; y es cierto, se volvieron salvajes al aprender los castigos que los misioneros introdujeron entre ellos y aplicaron durante 500 años.

Muñoz Camargo nos muestra otros castigos para los nobles indígenas que, en México, no se sometían: como ahorcarlos o quemarlos vivos:



Los misioneros tuvieron un papel directo en obligar a los sometidos a participar en diversos procesos productivos, como en los llamados “obrajes”. En ellos emplearon los conocimientos y habilidades de los indígenas, en este caso el uso del telar vertical; pero es claro que se trataba de trabajos forzados, como el de esta mujer anciana que teje a golpes de garrote y patadas del fraile mercedario, como nos hace ver Guamán Puma de Ayala:



Pero los curas no estaban solos en el maltrato infligido a los indígenas; compartían con los señores españoles ese dudoso honor.



Quando Tupac Amaru fue preso, en 1572, los soldados lo conducen encadenado del cuello para darle muerte en el Cuzco. Portan con ellos la figura de oro de Punchao, que encarnaba el linaje de los incas fallecidos. En Cuzco, los conquistadores lo asesinan cortándole la cabeza, en medio de las manifestaciones de dolor de su pueblo.

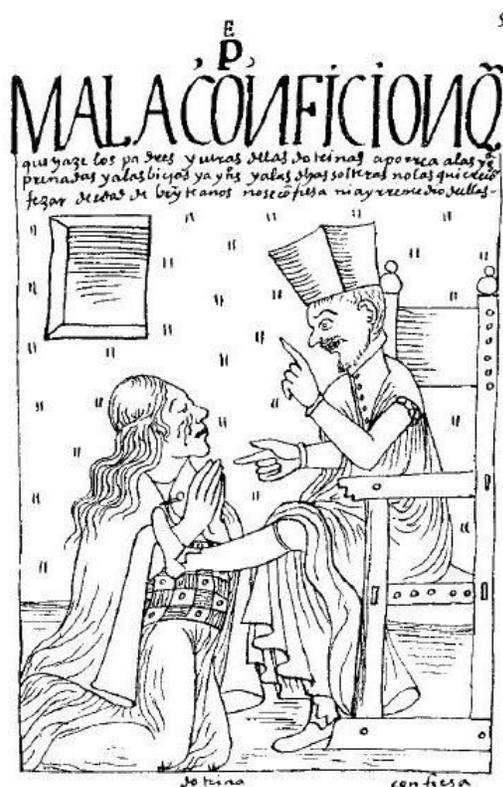


Además de esta brutal violencia física contra los vencidos, había también una gran violencia contra las manifestaciones más preciadas de su cultura. Los conquistadores tenían muy claro su papel y, por ello, buscaban destruirlas a toda costa, como harían durante siglos los doctrineros llamados “extirpadores de idolatrías”, como Francisco de Ávila, contra los incas, y Diego de Landa, quien hizo *autos de fe* para quemar los códices mayas, así como sus máscaras y vestidos, como se observa en este dibujo de Diego Muñoz Camargo:



Ni siquiera las actividades religiosas escapan a esa violencia, como se ve en estas láminas de Guamán Puma sobre el sacramento de la confesión y los sermones. Al parecer, el castigo de los pecados era inmediato y no consistía en rezar sino en recibir patadas del confesor, así quienes se confesaban fueran mujeres embarazadas o ancianos. Los sermones duraban horas y los

indios tenían que asistir a ellos de rodillas y con actitud de profunda sumisión, mientras la palabra de dios entraba por la ventana en forma de la paloma del espíritu santo. Los púlpitos levantaban a los sacerdotes por encima de los fieles.



Padre / Mala confesión que hacen los padres y curas de las doctrinas, aporrean a las indias preñadas y a las viejas y a los indios, y a las dichas solteras no las quieren confesar de edad de veinte años, no se confiesan ni hay remedio de ellas. / doctrinas.



Muy lejos de allí, en el Cauca, en las afueras de una población colonial, que ya tiene su iglesia y sus construcciones organizadas a la manera española, el mapa parlante “Bajo la dominación extranjera” nos deja ver al cura, que adoctrina de pie a hombres, mujeres y niños, que se encuentran sentados o arrodillados frente a él con las cabezas bajas, humillados, mientras el misionero parece clamar el castigo de dios para esos pecadores.



El siguiente dibujo de Guamán Puma nos deja ver el castigo de azotes que se aplica a un mitayo, desnudo y colgado de una columna por “dos huevos que no le dio al alcalde gobernador”.



Esto ocurrió en el siglo XVI, pero en pleno siglo XX, alguien fotografió a esta mujer en la misión capuchina de la Sierra Nevada. Habían trascurrido 500 años y los misioneros, en este caso también españoles, continuaban castigando a los indios de la misma manera.



En el año 2007, Víctor Daniel Bonilla, uno de los creadores de los mapas parlantes, hizo una experiencia, que retomaba la de los mapas parlantes, con los arhuacos de la Sierra Nevada; con base en ella, elaboraron una cartilla, de la cual he tomado algunos dibujos. El primero de ellos enlaza la entrada de la cruz y la espada en la época de la conquista (aunque otra veces en lugar de espadas se trató de armas de fuego) al territorio indígena comprendido por la Línea Negra, con la nueva entrada, ya avanzando el siglo XX, con base en el Concordato y en el Convenio de Misiones, ambos

establecidos entre el estado colombiano y el estado vaticano del papa de Roma.



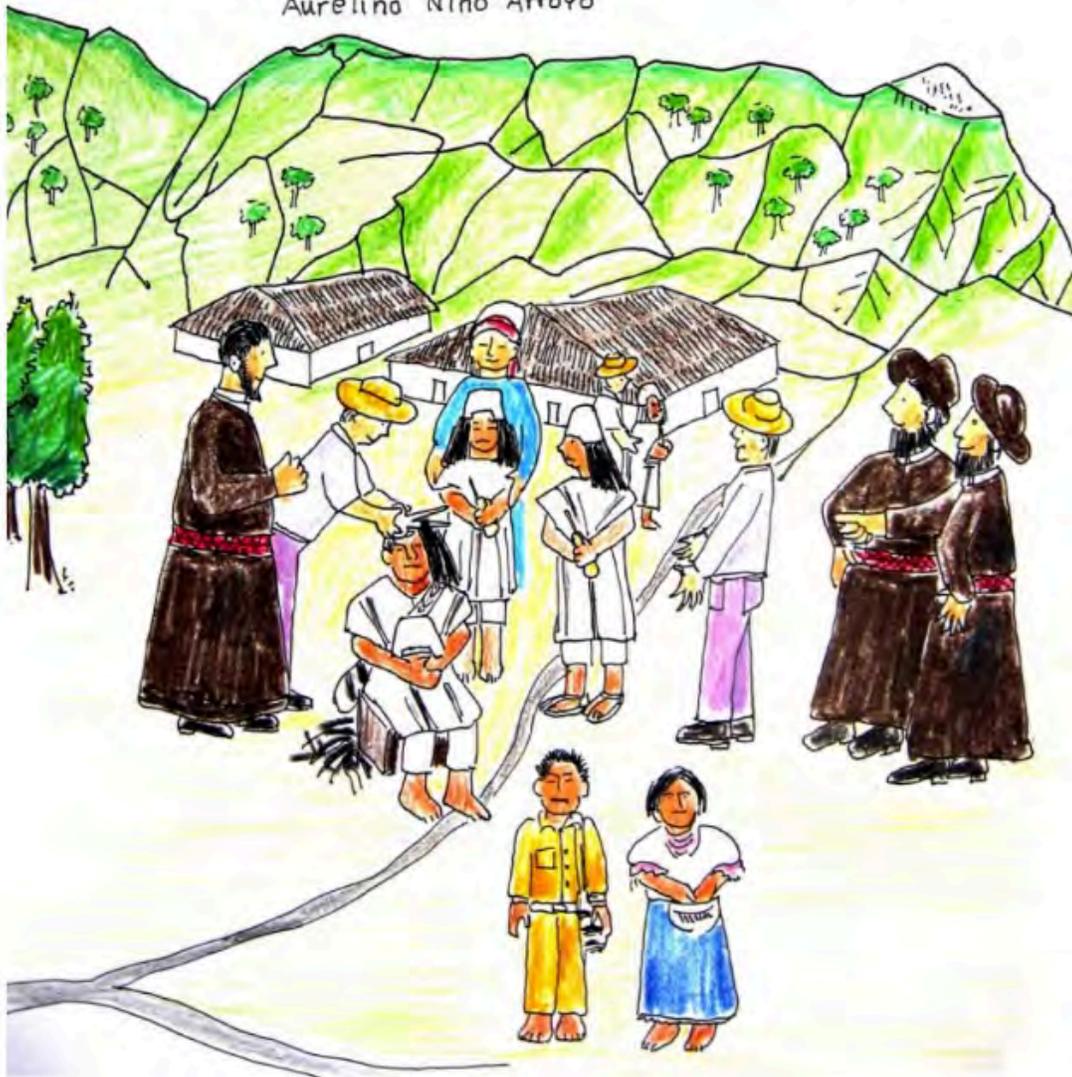
Si bien los religiosos de la primera época eran curas doctrineros, los de la segunda son misioneros; cambió el nombre, pero no cambiaron los procedimientos, que continúan aquellos de la conquista y los de la edad media. En esta ocasión, unos delegados indígenas vinieron a pedir al presidente que enviara algunos maestros para educar a sus hijos en su territorio, pero este les envió misioneros capuchinos para abrir un orfanato en donde encerrar a los niños como si fueran huérfanos. Los capuchinos ya habían asentado su dominio sobre los wayúu en la Guajira y llevaron algunos de estos para que les ayudaran en su misión en la Sierra Nevada, dando “buen ejemplo” a los arhuacos y mestizándose con ellos. El dibujo que sigue muestra precisamente eso: los capuchinos también marcaron el sometimiento de los indígenas arhuacos cortándoles el cabello largo, una de

sus características distintivas, al tiempo que los obligaron a dejar sus mantas y a vestirse con ropas occidentales. Tarea en la cual fueron ayudados por los indígenas “civilizados” que llevaron de la Guajira:

Sitio Desecho

En el año 1916 en que fue llegada oficialmente la misión Capuchina a hacerse cargo de la educación, los Capuchinos comienzan el proceso de incorporación de los arhuaco a la civilización. Los misioneros obligan a los indígenas a cortarse el cabello y a llevar ropa europea.

Pinto: Bunkwaney Crespo Ramo
Aurelino Niño Arroyo



Pero, volvamos al Cauca. Un mapa parlante, “Cuando nace Colombia”, nos permite ver lo que ocurre a finales del siglo XIX y comienzos del XX:



Ahora veamos en detalle algunas de sus escenas. Durante las guerras civiles de esa época, por todo el Cauca, los indios fueron divididos entre liberales y

conservadores para que se mataran entre ellos; indígenas contra indígenas y también el ejército contra ellos:



Encabezados por los misioneros y resguardados por las armas, los terratenientes ocuparon las tierras que no habían logrado arrebatarse los conquistadores. Así, obligaron a los paéces a abrir caminos y tumbear el monte para poder colonizar esas tierras; fue la llamada “apertura y civilización” de Tierradentro. Forzados por las armas, los indígenas crearon las haciendas. Para los rebeldes, como en los siglos anteriores, el látigo y el cepo trataban de amansarlos, como vimos en los dibujos del siglo XVI:



Los indios fueron reclutados a la fuerza para obligarlos a enrolarse en los distintos ejércitos en pugna, por supuesto bajo el mando de los terratenientes devenidos en generales.



El dibujo precedente tiene que ver con Manuel Quintín Lame, un dirigente indígena del Cauca, quien fue terrajero, siervo de los terratenientes. Fue reclutado por el ejército colombiano, en el cual fue ayudante del general Carlos Albán, a quien, en la esquina superior derecha del dibujo previo, aparece lustrando las botas. Es enviado a Panamá, en donde el indígena Victoriano Lorenzo comandaba una lucha guerrillera contra el gobierno conservador, lucha que muy probablemente fue conocida por Quintín Lame.

A su regreso, no quiso ser más terrajero, no quiso vivir más bajo la dominación de los terratenientes, sino que organizó un ejército indígena para luchar contra los terratenientes en el Cauca. A esta lucha se la conoce como La Quintinada; existe también un mapa parlante que la muestra.

Sin embargo, los indígenas, en lugar de endulzar la palabra, se organizaron para impedir que los acabaran de masacrar a todos, y comenzaron a

tomarse las haciendas, algunas de las cuales eran de los curas, y en donde había algunos depósitos de alimentos, que eran decomisados y consumidos entre todos en una fiesta, mientras se avanzaba en la movilización de la gente:



Durante la Quintinada, hubo también algunas tomas de pueblos, pese a que algunos tenían defensa de la policía, como se ve a la derecha en la imagen que sigue:



Los indígenas se armaban con palos, con garrotes, con lanzas, pese a los cual lograron tomar algunas poblaciones grandes, como Inzá, en donde atacaron las instalaciones de las misioneras, que les arrebataban sus hijos para encerrarlos en internados:



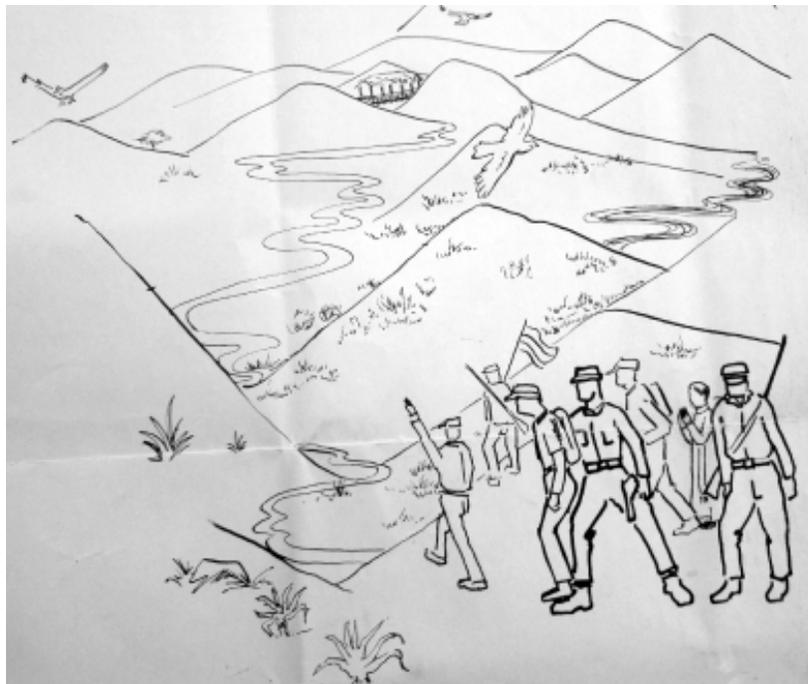
Finalmente Quintín Lame fue capturado mediante una traición y llevado a la cárcel con grilletes. Aquí aparece en el conocido puente del Humilladero, en Popayán, por donde lo pasearon, precisamente para humillarlo, en medio de los grandes terratenientes y políticos del Cauca, apostados para insultarlo y escupirlo en su camino hacia la cárcel, cobrándole así el pánico que sintieron cuando corrió la voz que los ejércitos de Quintín venían a tomarse la ciudad de Popayán.



En Colombia, por ese mismo periodo, se da una serie de acontecimientos que van a repercutir, de un modo o de otro, en el Cauca; por ese motivo varios de ellos se recogen en el mapa “Cuando crece Colombia. 1920-1970”. Uno de tales hechos es la llamada “masacre de las bananeras”, ocurrida en 1928, cuando el ejército nacional masacró a los obreros en huelga para defender los intereses de la empresa bananera norteamericana United Fruit Company, cuyo poder sobre los trabajadores y sus familias y hasta sobre las regiones que ocupaba era de tal naturaleza que la gente la llamaba, no solamente en Colombia sino en Panamá y Ecuador, “mamita yunai”.



Mientras tanto, el ejército penetraba cada vez más en el territorio indígena, especialmente en Tierradentro, una zona muy inhóspita.



En el resto de Colombia, la violencia contra los sectores populares se agudiza con el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán en las calles de Bogotá, muerte que originó el llamado “bogotazo” y la exacerbación de la violencia partidista liberal conservadora:



Mientras tanto, en el Cauca, José Gonzalo Sánchez, quien fue secretario de Manuel Quintín Lame, y siguió con su trabajo de organización y movilización de los indios mientras aquel estuvo en la cárcel y, luego, después de su traslado al Tolima, llegó a convertirse en un importante dirigente del Partido Comunista, siendo envenenado más tarde, como lo muestra el mapa “Cuando crece Colombia”:



Desde el gobierno conservador se impulsó con mayor ahínco la política de conservatización del país con el uso de la violencia contra los liberales, con el fin de establecer una mayoría conservadora en el momento de las elecciones para poder imponer la hegemonía de este partido.

En el Cauca se dio una particularidad de la violencia que poco se menciona a pesar de su importancia y de la participación del clero católico en ella: militares y policías capturaban a los indios liberales para obligarlos a que dejaran de serlo. Los conducían frente a los curas, en especial el obispo de Tierradentro, quien coordinada, para que, de rodillas frente a la amenaza de la cruz y las armas de fuego, como se ve en la parte inferior de la escena que sigue, entregaran sus cédulas y renegaran de ser liberales, jurando no volver a votar jamás por ese partido sino por los candidatos de los conservadores, y de la iglesia católica:



A ello se sumaban los fusilamientos de indios liberales por parte del ejército:



Y las masacres, en las cuales los indios eran descuartizados a machete por militares y policías; esto no es invento reciente de los paramilitares, sino del ejército y la policía durante la violencia liberal-conservadora:



Desde esa época, los ríos se convirtieron en ríos de muertos; los asesinos arrojaban los cadáveres a los ríos desde las propias volquetas del municipio.



Tal como lo narran los testigos, así fue el asesinato del Cabildo Indígena de San José. Las tropas llevaron a sus miembros hasta el puente y ahí los mataron, para que cayeran directamente en el río, con la bendición del obispo que aparece en la esquina inferior izquierda de la imagen.



Como parte de ese “crecimiento” del país, un poco más tarde y ya durante el Frente Nacional, cuando supuestamente había terminado la violencia liberal-conservadora, la violencia contra los indios buscó nuevos argumentos para continuar. El dibujo nos deja ver una región indígena al sur del Tolima y norte del Cauca llamada Marquetalia, que era un sitio de refugio de indígenas y campesinos liberales que habían ido a refugiarse a esa zona para cultivar para escapar de la violencia. Álvaro Gómez Hurtado y otros políticos, emprendieron una campaña alegando que se trataba de una república independiente comunista, hasta que el gobierno decidió acabar con ella. Después de fracasar en el intento de tomarla por tierra, atacaron con helicópteros y bombardearon, matando alguna gente y el ganado, además de destruir los sembrados. Los sobrevivientes se organizaron y se

marcharon a pie, dando nacimiento a las autodefensas campesinas que, más adelante, se transformaron en la guerrilla de las FARC.



La foto que sigue, tomada por Jorge Silva, muestra los recuperadores de la hacienda Cobaló, en Puracé, que era propiedad del obispo de Popayán. Esta fue la primera recuperación de tierras en el Cauca y tuvo lugar en 1973; ustedes pueden ver sus armas de lucha, que son, al mismo tiempo, sus herramientas de trabajo: azadas metálicas y, muchas de ellas, simples horquetas de madera con punta. Fue el comienzo de un nuevo período de la

lucha indígena que, como hemos visto, no comenzó hace 30 ni 40 años, sino desde la llegada misma de los españoles.



40 años después, recuperadores de tierras en el norte del Cauca, en esta foto de Jesús Abad Colorado portan herramientas mas elementales todavía, pues son simples palos:

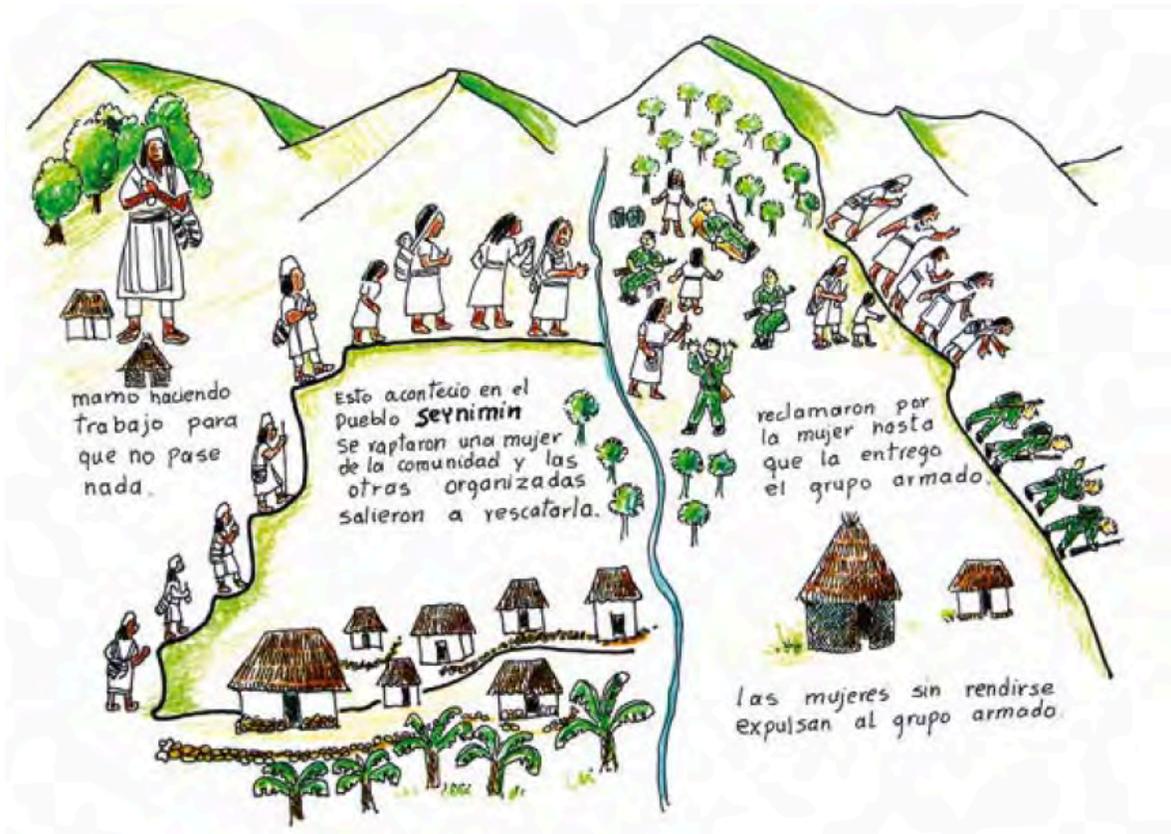


Pero, a diferencia de aquellos de Cobaló, estos están encapuchados; ¿por qué?, ¿por subversivos? No; porque han aprendido que si los reconocen los matan, los persiguen en los pueblos, los sacan de sus casas y los asesinan, por eso no pueden dejarse ver la cara; porque han aprendido en décadas de lucha y de represión lo que implica dar la cara cuando se está luchando por lo suyo y por la defensa de su vida y de su familia.

Pero otros sectores también han llevado la violencia y la muerte para los indígenas que no se les someten. Esta es un escena de la cartilla que mencioné sobre la Sierra Nevada de Santa Marta y muestra el asesinato de un arhuaco, supuestamente por ser colaborador de la guerrilla. El dibujo es del año 2007.



En Seynimin, un poblado también en la Sierra Nevada de Santa Marta, guerrilleros secuestraron a una mujer arhuaca. Las demás mujeres se organizaron y fueron a rescatarla; cuando lo consiguieron, expulsaron al grupo armado de sus tierras.



Los guambianos dicen: “nosotros pensábamos que todo el mundo tiene derecho y por lo tanto los blancos también tenían derechos y estábamos dispuestos a darles tierras para que vivieran, cultivaran y se quedaran, pero ellos querían todo. Ellos no querían unas tierras, las querían todas, por eso tocó luchar contra ellos”. De ahí que no fuera casualidad que la primera recuperación en el Cauca se diera en la finca del Obispo, cuya devolución habían solicitado pacíficamente, incluso al papa cuando visitó el Cauca, pues

hemos visto cómo ha sido la intervención del clero católico contra los indígenas desde la Conquista, con su violencia física y cultural, aquella que el investigador francés Robert Jolin llamó, en los años 70, etnocidio, o sea, el asesinato de una cultura, después de haber estudiado el accionar de las misiones capuchinas en el territorio de los barí, en Norte de Santander.

Esta foto también es de Abad. En ella, indígenas Awá, de Nariño, lloran los muertos de una de las masacres que hubo contra ellos. La exposición vecina cuenta que fue de las FARC, pero nada dice de las otras posteriores ni de sus perpetradores. Las fotos expuestas muestran la entrada de una comisión, casi un mes después, para rescatar los cadáveres, acompañada por la Cruz Roja, por ACNUR y por varias ONGs, porque el ejército y la policía no los habían dejado entrar.



A comienzos de este año, la prensa informó de la muerte de 7 campesinos en Tumaco a manos del ejército, que no permitía entrar a rescatar los cuerpos. Incluso, cuando entró una comisión con personal de la Cruz Roja y

de ACNUR, les dispararon y les lanzaron bombas, como pudo presenciarlo todo el país a través de las fotos y videos tomados por la propia comisión.

Todavía en estos días continúa desatada la violencia para tratar de someter a los indios, como ocurrió en Risaralda este año con la muerte de un miembro de la Guardia Indígena Embera, asesinado por el ejército en una carretera. El ejército reconoció la autoría y un general pidió excusas a la comunidad. Pero el muerto, quedó muerto.



Esta Guardia Indígena intenta dar seguridad a los miembros de las comunidades en sus movilizaciones; es una experiencia tomada de la Guardia Indígena del Cauca. Pero, como esta, sus miembros van armados solamente con bastones de madera, que de poco sirven ante las armas de los militares.



La exposición del lado tiene una sección sobre la Guardia Indígena del Cauca, con mucho despliegue de fotos, con el himno de la guardia: “Guardia, guardia, fuerza, fuerza”. Pero no explica nada, no dice por qué ni para qué surgió, ni habla del papel que ha cumplido y, a pesar de que es una Comisión de Historia, ni siquiera dice que la guardia indígena del Cauca la crearon los guambianos, en 1980, cuando la Primera Asamblea del Pueblo Guambiano, y la consolidaron en el año 82, cuando el presidente Belisario Betancourt visitó el resguardo de Guambia y esa guardia fue la que garantizó la seguridad, pese a ser una zona con fuerte presencia guerrillera.



Termino con este afiche de los embera, con el que la OREWA conmemoró sus primeros 10 años de lucha, que dice “que nuestro silencio se convierta

en un solo grito”, es decir que no hay que endulzar la palabra, al contrario, hay que endurecerla y convertirla en grito; es la única posibilidad de sobrevivir frente a toda esta violencia que hemos visto. Así lo proclama este embera con su cuerpo pintado de negro con jagua, mientras sostiene en alto su bastón de jai y su machete.